

La maternidad como vocación de la verdadera femineidad

María García Rivas y Francisco Javier Martínez Rodríguez

Introducción

1. LA MUJER EN LA BIBLIA
2. LA MUJER, ESPOSA Y MADRE DE FAMILIA
 - La situación actual
 - La vocación. El don
 - La unión conyugal
 - Los peligros
 - La maternidad
3. LA MADRE Y EL TRABAJO
 - La mujer y el trabajo
 - La realidad actual y el trabajo en el hogar
4. LA LABOR EDUCATIVA DE LA MADRE
 - La madre, camino hacia Dios
 - La ternura materna, camino a la razón
 - Dignidad, valor de la vida y libertad
 - Maternidad y alimento de vida

Conclusiones



INTRODUCCIÓN

La mujer ha vivido a lo largo de la historia una posición jurídica y social menos ventajosa que el hombre. El “movimiento feminista de paridad, o de igualdad” ha logrado avances en búsqueda de conseguir la igualdad del hombre y de la mujer en diversos aspectos como el de una igual remuneración por un mismo empleo, mismas posibilidades para la obtención de un puesto laboral, la misma presunción de inocencia en el ámbito judicial, una igual carga de impuestos, mismos derechos para votar políticamente...

Sin embargo, surge en los años 60-70 del siglo pasado lo que conocemos como “feminismo radical”, el cual entiende la historia como una larga sucesión de eventos que han colocado al hombre en una situación siempre superior a la de la mujer. De esta manera, y siempre a raíz de ideas marxistas, autores como Friedrich Engels o la filósofa francesa Simone de Beauvoir (con su libro *El segundo sexo*), postulan la defensa de unas ideas que se han traducido en la demolición de la familia y del papel de la mujer como madre. Así pues, la ideología de género y el “feminismo radical”, la revolución sexual del 68 y el ateísmo, se pueden considerar los 4 pilares creados contra el Creador; la utopía de una sociedad socialista, formulada por Marx y

Engels, se encontró que en su camino había una interposición de tres pilares fundamentales que son la propiedad privada, la religión, y, por último, la familia.

Más tarde, Ernest Bornemann escribe el libro *El Patriarcado*, abogando por la desaparición de la familia y postulando que el embarazo ha de ocurrir mediante el uso de la tecnología, sin aparecer la necesaria dualidad y mutua entrega corporal del varón y la mujer.

De esta manera se han convertido en los valores morales actuales la necesidad del uso de anticonceptivos y del aborto para evitar un embarazo “no deseado” que pueda dificultar el desarrollo en el ámbito laboral de la mujer, así como ver el hijo como un derecho en un momento determinado y postulando la maternidad y la vida familiar como auténticos impedimentos para la “realización de la mujer y su verdadera emancipación”.

1. LA MUJER EN LA BIBLIA

El feminismo se basa en el relato de la creación en el Génesis para afirmar que la mujer desde el principio ocupa un lugar secundario y, por ello, necesita conseguir su verdadera emancipación, señalando diversos criterios.

Uno de estos criterios es el de la temporalidad, que demuestra no haber realizado una lectura continuada del Génesis, ya que en Gén 1, primero son creados los seres inertes como sol, luna, estrellas, tierra, océanos, y posteriormente los seres vivos. Dentro de la creación de los seres vivos, son creados primero los animales y después, por último, es creado el hombre, sin que esto suponga que tenga un menor valor, una menor importancia que los primeros.

La mujer es creada como una ayuda al varón (a lo que hace referencia el feminismo entendiendo una infravaloración de la mujer) y en Gen 2,18-20 la describe como una «ayuda adecuada a él». Para ello usa el término *kenegdo* (“en frente”). “La «ayuda adecuada» de Gén 2,18 no implica una posición de inferioridad. Basta considerar que el sustantivo *ézer* (ayuda) habitualmente se refiere al auxilio que YHWH presta a su pueblo. Es absurdo, por tanto, pensar que *ézer* suponga un valor marginal a la mujer”¹.

1 J. DE JUAN FERNÁNDEZ, *La mujer, imagen de Dios*, Editorial Samaritana, Viana de Cega, Valladolid 2019, 37.

En el libro de Proverbios, destaca el cierre del mismo con los consejos de la madre haciendo referencia a la mujer ideal (Prov 31,1); también en el mismo libro se hace referencia a las actividades cotidianas de la madre de familia, siendo alabada por esposo e hijos. La madre participa de una manera muy activa en la educación de los hijos en la historia de Israel y es muy característico cómo la sabiduría tiene unas virtudes femeninas como son la discreción y la relacionalidad.

También se debe señalar que dos libros del Antiguo Testamento tienen nombre de mujer, al ser estas sus protagonistas, Judit y Ester.

En el Nuevo Testamento ya se da a conocer a la persona humana que, después de Jesús, tiene una mayor relevancia en La Biblia; precisamente es una mujer, la Virgen María, la Madre del Salvador, a quien Dios se dirige haciéndolo por primera vez a una mujer (previamente se había dirigido sólo a hombres, Noé, Moisés...) al inicio de la Nueva Alianza.

Para ese papel de tanta importancia que le va a ser atribuido, ser la Madre de Dios hecho Hombre, no existe ninguna imposición, sino que María da su consentimiento, autodefiniéndose como la «esclava del Señor»; el uso de estas palabras, definiéndose a sí misma como «sierva», es usado por el feminismo radical para difundir la idea, escrita por Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, que defiende que la Virgen María “únicamente será glorificada si acepta

el papel subordinado que le ha sido asignado”. Esta interpretación errónea, omite que, lejos de una interpretación negativamente servil, “es el mismo título que Moisés recibe de Dios y que conserva hasta Ap 15,3, y es también el título dado al rey David”². Hemos de recordar que ya en Ef 5,21, se realiza una interpretación maliciosa de la “sumisión” haciendo pasar este término como un significado de esclavitud, un término asociado a obediencia infantil, y que enlazan con la servidumbre asociada a la Virgen María; sin embargo, este término se refiere a la entrega total al otro en el amor del Señor, así pues, la esposa sometida sería la esposa plenamente donada a su esposo. Hay que entender que San Pablo al escribir la carta lo hace en el contexto de una mutua sumisión, que es característica de todos los cristianos. También escribe Lucas en su Evangelio, Lc 2,51, que Jesús, siendo niño, se encontraba sometido a sus padres San José y la Virgen María, sin embargo, poseía una libertad primera e interior para obedecer al Padre sin necesidad de un conocimiento explícito por parte de sus padres terrenales.

Actualmente se tiende a considerar que la mujer en los Evangelios tiene una posición secundaria respecto al hombre y, para ello, la principal justificación es la elección de los Apóstoles por parte de Jesucristo, los cuáles son 12 varones. En el Evangelio de Juan, las mujeres, sobre todo María de Magdala y la Virgen María, juegan un papel decisivo interviniendo en los momentos más importantes de la revelación de Dios, acompañando a Jesús en la crucifixión y siendo María de Magdala la primera testigo de la resurrección. Que sea María Magdalena la primera testigo de la resurrección, en el contexto judío de entonces, donde la mujer tenía cierto papel secundario a la hora de realizar exposiciones en la vida pública, más aun siendo una pecadora, supone una gran relevancia desde el punto de vista teológico como primera persona que “ha visto”. Esto podríamos considerarlo como una prueba de veracidad del relato.

2 N. CALDUCH-BENAGES, *Mujeres de los Evangelios*, PPC, Madrid 2018, 18.

Por último, queremos hacer referencia a las enseñanzas de Jesús, donde refleja el papel de la mujer, con una dignidad heredada desde el principio, desde la creación por Dios.

2. LA MUJER, ESPOSA Y MADRE DE FAMILIA

En relación a la maternidad divina de María, a lo largo de la historia se viene acusando a la Iglesia Católica de haber realizado una vil manipulación en la conciencia de las mujeres, consiguiendo atraer a estas al cristianismo gracias a definir dogmáticamente la figura de la Virgen María como madre de Dios en el año 431 en el Concilio de Éfeso. Sin embargo, se ha encontrado un lote de papiros de origen egipcio, habiendo dentro del lote un fragmento que contenía una oración a la Virgen María en griego clásico, conocido como Papiro John Rylands 470. Ha sido datado en torno al año 250 después de Cristo (200 años antes que el Concilio de Éfeso) y consideran que pertenece a una copia privada de una oración a la Virgen (la oración mariana más antigua datada hasta la fecha). En la oración usa el término “θεοτόκος” que se traduce como “la que da a luz a Dios, la portadora de Dios”. Esto demuestra que los primeros cristianos, hacia el siglo II ya oraban y realizaban peticiones a la Madre de Dios.

La situación actual

Actualmente se profundiza la ideología del individualismo, del bienestar y del hedonismo. A través de esta ideología, se intenta infundir en la mujer la idea de que sólo será feliz con una “verdadera realización profesional”; deja de existir el compromiso y la entrega a la otra persona, formándose parejas con distintos nombres jurídicos, y por la corrupción del pecado desaparece el interés por los deberes de la paternidad, reduciéndose las facultades generativas a un simple interés sexual y habiendo mayor inclinación en colmar los bienes materiales que la formación o educación.

La vocación. El don

Cuando hablamos de matrimonio y, sobre todo, de maternidad, hablamos del don de la mujer, que es el espíritu de entrega a los demás sin esperar nada a cambio, olvido de sí misma, oblación, sacrificio... La mujer tiene una disposición al amor innata. Sin embargo, actualmente se da una falsa imagen de la femineidad de la mujer, educándola de tal forma que busque fuera de sí misma su verdadera femineidad buscando su singularidad y reivindicando su dignidad, apoyándose fundamentalmente en principios materiales como son el trabajo fuera del hogar, la remuneración económica... y buscando esquemas masculinos que la separan de su verdadera femineidad.

La complementariedad es la base conyugal. En el encuentro entre hombre y mujer, se da una complementariedad e igualdad, por la que ambos obtienen una misma dignidad y valor, únicamente afectada después del pecado, por la concupiscencia donde se ve al otro como un simple objeto para obtener placer y no como un don. Si se elimina la dimensión procreativa del acto conyugal, se elimina la verdad interior de la unión, dejando de ser un acto de amor.

Sumisión y humildad son dos características propias de la mujer que van estrechamente ligadas. El humilde es aquel que es capaz de conocer sus propios límites, sabiendo que no es otra cosa, tanto él como sus límites que una creación de Dios. Todo le viene de Él. La sumisión la debemos entender como colocarnos bajo la protección del otro (no como esclavitud), y esto “es aceptable solamente si nuestra vida no nos pertenece, sino que pertenece a Dios”³, de tal forma que hemos de entender que cuando la mujer se somete al hombre, en realidad se somete a Dios (se pone bajo Su amparo) a través de los límites que este da al hombre, y que entre sus cualidades masculinas están la de la fuerza física y protección frente a peligros físicos. De esta manera, debemos entender la

sumisión dentro de una característica típica de la mujer como es la humildad.

Cuando Dios no es el fundamento de la unión de varón y mujer esta se convertirá en una relación de dominio y sumisión, entendiéndose la sumisión como forma de rebajar la dignidad de la mujer por culpa de la actuación del pecado.

La unión conyugal

La tendencia natural de varón y mujer a unirse conyugalmente, se apoya en el principio de libertad, por el cual de una manera completamente verdadera el varón y la mujer se unen por un vínculo de amor (que permite que se respeten las cualidades del otro implicando un recíproco don de sus personas, donde de manera consciente y voluntaria, ambas se expresan el amor exclusivo para siempre con una entrega total) y un vínculo de justicia (nuestros derechos y deberes se transfieren al otro).

Los peligros

El mundo hedonista actual y del bienestar, donde el mayor valor es el placer y la única meta son los bienes materiales que pueda conseguir, sin límites morales, consiguiendo mediante el trabajo únicamente más bienes materiales o tiempo de ocio para disfrute personal, ha provocado que la mujer se cuestione ya no sólo su vocación esponsal, sino también la maternal. Para superar esta ideología, el Cardenal Müller pone como ejemplo el amor gratuito que los hijos hemos recibido de nuestros padres “amados con esta generosidad, hemos sido felices; cuando nos damos de este modo, somos felices”⁴ y añade que los hijos “nunca son una carga o un peso (...) sino un proyecto basado en la confianza y una fuente inagotable de alegrías”⁵.

Bien afirmó el Papa Francisco en el 25 aniversario de la carta apostólica *Mulieris dignitatem*: “Hay dos peligros siempre presentes, dos extremos opuestos que afligen

3 J. CROISSANT, *Mujer y femineidad. La belleza de su vocación al amor*, EPE, Sevilla 2019, 53.

4 Diálogo con el Cardenal Gerhard-Ludwig Müller, *La esperanza de la familia*, 47.

5 *Ibid.*, 48.

a la mujer y a su vocación. El primero es reducir la maternidad a un papel social, a una tarea, incluso noble, pero que de hecho desplaza a la mujer con sus potencialidades, no la valora plenamente en la construcción de la comunidad. Esto tanto en ámbito civil como en ámbito eclesial. Y, como reacción a esto, existe otro peligro, en sentido opuesto, el de promover una especie de emancipación que, para ocupar los espacios sustraídos al ámbito masculino, abandona lo femenino con los rasgos precisos que lo caracterizan”⁶ En el primer punto se omite que el hecho de concebir un hijo supone no un acto individual de la mujer, sino una relación triple de madre, padre e hijo; sería una reducción materialista, con clara influencia marxista, en que se aboca el papel de la mujer como madre a la única concepción de aportar nueva clase trabajadora para el mantenimiento social de la misma. El segundo punto, el de la emancipación hace referencia a quien ve la maternidad como un ejercicio de autodeterminación individual que permite a la mujer decidir si quiere, cómo y cuándo tener un hijo, abriendo el paso a la anticoncepción y al aborto, sin tener en cuenta el valor de toda vida humana.

La maternidad

Todo el ser de la mujer está concebido para ser madre y atender contra su propia biología intentando eliminar toda posibilidad de embarazo. La esterilidad biológica la provoca con distintos métodos cuyos fines son evitar la concepción natural. La esterilidad espiritual se relaciona de manera global con la humanidad, pues priva a esta de continuar el plan creador de Dios, elimina la procreación privando a Dios de tener más hijos.

La mujer posee una predisposición bio-psico-social innata a ser madre, facilitada por el don del sí sincero (el don de poder tener un hijo, de colaborar con el Creador, está

íntimamente relacionado con el amor esponsal).



Es imprescindible ser esposa para ser madre porque sólo la verdadera maternidad, la que supone una entrega total al hijo (que es un don), la que precisa del don de sí, se realiza en el matrimonio entregándose y ofreciéndose al otro. Esto es muy importante para diferenciar la verdadera maternidad de la nueva idea postulada por Ernest Bornemann en su libro *El Patriarcado*, vista como un derecho a tener un hijo, y en la cual el hijo para la mujer no es más que una posesión en la que el derecho a tenerlo y los deseos prevalecen ante todo. En el relato del Génesis, se habla de la “institución del matrimonio por parte de Dios en el contexto de la creación del hombre y de la mujer, como condición indispensable para la transmisión de la vida a las nuevas generaciones de los hombres, a la que el matrimonio y el amor conyugal están ordenados: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla» (Gén 1,28)”⁷.

La mujer cristiana acepta los dolores y sufrimientos de la maternidad en la entrega, sabiendo que, al tener el hijo, la mujer se llenará de felicidad al ver su descendencia, parte del plan creador de Dios.

El amor esponsal, supone el deseo de entregarse a la otra persona. Supone “una renuncia a la soberanía de sí mismo, pero que, muy lejos de constituir una disminución

6 FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Seminario de estudios <<Dios confía el ser humano a la mujer>> con motivo del 25 aniversario de la carta apostólica Mulieris Dignitatem*, 2013.

7 JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Mulieris dignitatem*, n. 7.

o un empobrecimiento de la persona, la conduce por el contrario a un enriquecimiento e incluso a la plena consumación de ella misma”⁸. Esta renuncia a sí misma, característica muy importante en la mujer, no se puede vivir sin la Eucaristía y el Santo Sacrificio del Altar (experimentando el acto redentor de Cristo), ya que, sólo viviéndolo de manera frecuente, se puede entender la presencia de Cristo amigo, Cristo consolador, Cristo oyente... que con compasión y paciencia atenderá a nuestras oraciones y escuchará los llantos y aflicciones, conociendo así el significado del sacrificio de Cristo.

3. LA MADRE Y EL TRABAJO

La mujer y el trabajo

El Papa Juan Pablo II definió el trabajo de esta manera “no es una maldición, es una bendición de Dios que llama al hombre a dominar la tierra y a transformarla, para que con la inteligencia y el esfuerzo humano continúe la obra creadora y divina”⁹.

La madre puede tener un trabajo remunerado que, en la mayoría de los casos, realiza fuera de su domicilio. Las profesiones en las que cualidades femeninas como cuidado, ánimo, enseñanza, educación, asistencia socio-sanitaria, sensibilidad (cualidades que toda madre posee) ... que pueden darse en el ejercicio laboral de determinados trabajos de carácter servicial, están copados en su mayoría por mujeres. Esto demuestra el error de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* cuando dice acerca de las mujeres que “no hay ningún «instinto maternal» innato”.

La realidad actual y el trabajo en el hogar

Actualmente, el trabajo que la mujer ha desarrollado durante siglos, y que aún realiza, con el cuidado de la casa y la educación de los hijos, no tiene una

valoración social adecuada. Además, el hecho de no ser un trabajo remunerado hace que la esposa y madre tenga una dependencia económica.

En la sociedad actual se utiliza el término de “conciliación familiar” como término que significa igualdad de oportunidades laborales de la mujer, dejando de lado el ámbito familiar de una manera equivocada, ya que, no se ha de “conciliar” sino hacer una conjunción del trabajo y la vida familiar.

El trabajo de una madre con sus hijos es impagable. El trabajo es más que una mercancía con un precio, es un bien moral y social. Esto supondría aceptar una nueva concepción del mercado adaptado a la solidaridad y haciendo que distintos principios de la doctrina social de la Iglesia como son la solidaridad, la subsidiariedad y la participación social, sean la base de esta nueva idea de revolución económica, social y familiar.

Por último, queríamos hacer una referencia muy importante a una parte fundamental del trabajo como es el descanso. El descanso en familia permitirá alimentar el amor mutuo entre esposos, el cual debe ser cultivado y abonado (al igual que una llama de fuego que necesita madera y oxígeno para no apagarse), así como enseñar a los hijos cómo el amor entre los esposos, la educación de los hijos, pasar tiempo y jugar con ellos, son formas diferentes de revivir ese amor del Dios con nosotros.

4. LA LABOR EDUCATIVA DE LA MADRE

La madre, camino hacia Dios

La madre, como pilar del hogar y de la labor educativa, por sus propias cualidades femeninas, podrá educar en la fe (a imagen de María) y en la caridad (en su sacrificio como madre), pero sin olvidar también la tercera virtud teologal, la esperanza; y es que, “educar es en sí mismo un acto de esperanza, no sólo porque se educa para construir un futuro, apostando por él, sino porque el

⁸ Y. SEMEN, *El amor en la familia según Juan Pablo II*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2016, 41.

⁹ JUAN PABLO II, *Discurso a los obreros de Guadalajara*, 1979.

hecho mismo de educar está atravesado por ella”¹⁰.

La familia debe convertir la educación en un pilar fundamental de la misma. Sin embargo, ha sido relegada en muchas ocasiones a un segundo plano debido a la carga laboral extradoméstica de los esposos y el cansancio acumulado. La tendencia actual en nuestro país es el intervencionismo estatal en la educación afectivo-sexual, así como en la educación de “valores”, llegando a crearse asignaturas paralelas a la de religión católica para realizar esta acción y sustituyendo la centralidad de la familia en la educación de las personas y su crecimiento personal. No debemos dejar pasar que partes educativas como la socialización no pueden ser enseñadas únicamente por los padres, no pudiendo recaer en ellos toda la labor educativa, y debiendo aplicarse correctamente el “principio de subsidiariedad”¹¹ del que habla el Papa Juan Pablo II, y por el que “cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres, con su consenso y, en cierto modo, incluso por encargo suyo”¹².

La ternura materna, camino a la razón

La madre muestra al niño a conocer la realidad no solo con el desarrollo intelectual biológico, sino también con la ternura propia que posee, la cual permite hacer un reconocimiento de la realidad sobre su valor y su sentido. La afectividad de la madre permite que las realidades toquen la dimensión personal del niño experimentando un sentimiento y generando una respuesta que será moldeada durante el proceso de aprendizaje.

Al enseñar la realidad, lo primero que enseña la madre al niño es la certeza de que procede de un testimonio de amor (entre sus padres)

que se da en el matrimonio, y que la madre refleja con un trabajo diario en que no existe una gratitud mercantil económica, sino que el único pago que recibe es el de ver el desarrollo de sus hijos potenciando su creatividad y forjando así su identidad. Al forjar su identidad, una de las cosas que primero enseña la madre es la dignidad, o lo que es lo mismo, el valor especial que cada uno tiene. El niño al sentirse amado, al sentirse atendido en todas sus necesidades, se da cuenta del valor especial que en sí mismo tiene y que es causa de esa entrega. La madre le enseña que la dignidad se tiene por el hecho de “ser”. Todo ser humano, por el hecho de serlo, tiene dignidad.

Dignidad, valor de la vida y libertad

Lo siguiente que enseña la madre, a edad muy temprana, es a entender el significado tan importante que tiene la vida. Al enseñar el valor intrínseco que tiene cada persona, explicando el valor de la dignidad, le muestra que todos los seres humanos somos personas y como tales tenemos dignidad. Su persona tiene dignidad (también su cuerpo, pero esto lo enseñará en una siguiente etapa educativa), y así la del resto de seres humanos independientemente de su edad, su sexo, su país de origen... Y así, deduciendo la existencia de absolutos morales, los cuáles se refieren a acciones que nunca se pueden justificar éticamente, le muestra al niño que es inmoral toda aquella acción que atente contra el valor absoluto que es la persona. De esta manera le enseña a ver la vida como un regalo, como un don, como la transmisión del más puro amor de Dios a los hombres.

Más adelante le enseñará a usar la libertad, la cual no es otra cosa más que la capacidad de amar. La libertad va ligada a la responsabilidad.

Maternidad y alimento de vida

Cuando se da de comer a un hijo, no se le da únicamente el alimento que está en el plato, se le transmite amor y cuidado. Al compartir mesa, el niño podrá aprender modelos de conducta de comportamiento durante las comidas, el agradecimiento por los alimentos con la bendición de los mismos, la valoración

10 J.M. BERGOGLIO, *Educación: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos*, Publicaciones Claretianas-Editorial CCS, Madrid 2013, 207.

11 JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, BAC, Madrid 1994, 58.

12 PÍO XI, Carta Encíclica *Quadragesimo Anno*, Libreria Editrice Vaticana, n 71.

del trabajo de preparación de los mismos que en muchas ocasiones recae en la madre como parte de su labor diaria en el hogar (sin gratificación económica) y, lo más importante, se sentirá una parte importante del grupo familiar.

CONCLUSIONES

El papel de la mujer en la Biblia sólo se puede entender como el de un personaje secundario y subordinado si existe un desconocimiento del texto, del lenguaje utilizado y sus traducciones, así como de la historia del pueblo judío y sus tradiciones.

Se debe defender el feminismo paritario que consigue derechos y deberes para las mujeres, que defiende su dignidad, pero que no pretende la negación de la maternidad ni la desaparición de los roles masculinos y femeninos buscando una uniformidad en las personas.



El genio femenino no sólo podemos considerarlo imprescindible para la sociedad, sino también para el sostenimiento de la propia familia.

La mujer como esposa será el apoyo para el hombre pensado en el plan creador por Dios, una ayuda necesaria sobre las actividades creativas en principio indicadas como primera tarea para el varón.

La mujer como madre, supone el testimonio contra el mundo hedonista y egocentrista, del bienestar y placer para sí mismo; son el ejemplo del acompañamiento diario (en noches intranquilas, en momentos tristes siempre en condiciones adversas), de ternura, que es el amor expresado más allá de lo que pueda decir con palabras y que demuestra con sus caricias, sus miradas o su acompañamiento pese a los reproches que puedan recibir por parte de los miembros de la familia en un momento determinado de enfado, de entrega a los demás sin esperar nada a cambio (como don femenino recibido sin necesidad de educarlo, sabiendo que es necesaria esa entrega para el propio desarrollo del hijo y de la familia). La madre tiene tendencia a ver siempre a sus hijos como seres pequeños e indefensos y desea protegerlos.

El carácter servicial, del don femenino, se muestra en la actividad laboral de la mujer tanto dentro como fuera del hogar, a través de las cualidades intrínsecamente femeninas como son el cuidado, ánimo, enseñanza, educación, asistencia, sensibilidad...

La madre por sus propias cualidades femeninas, es el cimiento ideal para el conocimiento de Dios, a través del amor, gratuidad, esperanza, caridad...

La ternura materna es el fundamento de toda la base educativa, suponiendo el inicio del razonamiento en el niño ■